

FICCIÓN

FÚTBOL Y CEGUERA

Martín Kohan

Escritor y docente. Enseña Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Autor de novelas como *Los cautivos*, *Dos veces junio* y *Ciencias morales*, con la que ganó el Premio Herralde de Novela (2007).

Esa costumbre, la de ganarles, acababa de verificarse una vez más. En este caso por uno a cero, con un tremendo gol de José Berta, un hombre más ancho que alto al que, por rubio, daba en llamárselo El Gringo. Salíamos de la cancha de Vélez, victoriosos habituados, Daniel Babenco, su padre, yo. Era de noche, era tarde, era el año '83. Pisábamos el asfalto de la avenida Juan B. Justo, pues la diferencia entre vereda y calle desaparece cuando hay partidos. Íbamos firmes y felices hacia el lugar donde había quedado el auto. Fue entonces cuando empezaron a sonar los tiros.

Las series de televisión, ante todo, y en segundo lugar, el cine, me tenían engañado: yo creía (lo creí hasta esa noche) que, en los casos de tiroteo, era claro de dónde provenían los tiros y hacia dónde convenía replegarse. Ahora los hechos transcurrían muy de otro modo. Los estampidos se desdoblaban en ecos y en rebotes sucesivos, hasta volver indiscernible de qué lado sonaban los tiros y de qué lado resonaban, dónde era que disparaban y dónde había solamente el ruido. Ante la duda, nos tiramos al piso ahí mismo, donde estábamos. Y en verdad, unos pasos más allá: en una cordial plazoleta de césped parejo que se nos antojó, no sé por qué, como un refugio.

Nos apretamos contra el suelo a esperar que los tiros pasaran, a esperar que no nos pegaran uno: los brazos sobre la nuca, la cara sobre la tierra. ¿Será verdad que, ante una inminencia de muerte, las imágenes de nuestra vida entera desfilan a puro vértigo por nuestra mente?



1983

¿Tenía sentido ir al fútbol, arriesgar la vida así? ¿Valía la pena ponerse así en peligro, habiendo tanta violencia de barras, apenas para ir a ver un partido? ¿Volvería a la cancha alguna vez, después de haberme expuesto así a la muerte?

En ese caso, mi vida entera consistía en una sola cosa apenas, el golazo del Gringo Berta; pues no tuve otra cosa en mente, otra escena ni otra imagen; mientras el peligro en acecho duró, no hubo más que ese zurdazo fiero, rotundo, potente, propulsado por un jugador más rústico que técnico, que por pura justicia deportiva había viajado hacia el palo derecho del arquero de ellos y se había clavado gloriosamente en el ángulo.

El *loop* del gol de Berta duró en mi cabeza lo mismo que los tiros en la calle. Cesados los tiros, nos aseguramos, primero, de que no se reanudarían, y a continuación, de que no estábamos ni heridos ni muertos; y sólo entonces nos dispusimos, con lentitud, a incorporarnos (incorporarnos: levantarnos, volver al cuerpo). Las preguntas más sensatas me rondaron mientras me erguía: ¿tenía sentido ir al fútbol, arriesgar la vida así? ¿Valía la pena ponerse así en peligro, habiendo tanta violencia de barras, apenas para ir a ver un partido? ¿Volvería a la cancha alguna vez, después de haberme expuesto así a la muerte?

Me lo pregunté mientras me incorporaba, pero una vez de pie, ya tenía la respuesta: sí, tenía sentido, claro que tenía sentido; sí, valía la pena, claro que valía la pena; sí: volvería a la cancha, y no alguna vez, en un futuro difuso, sino tan pronto como el domingo siguiente. ¿Por qué no? La elección entre la vida y el fútbol, llegado el caso, podría llegar a ser pertinente entre aquellos que, por alguna razón, establecían una diferencia sustancial entre una cosa y la otra. Pero no había tal dilema, ni tenía por qué haberlo, para todos los que no nos planteamos las cosas marcando una distinción semejante.

Algunos años después, en la parrilla de Humahuaca que frecuento, conversamos con Eduardo sobre fútbol. Eduardo trabaja en la parrilla, que es medio suya, acomoda las mesas, regula los tiempos de espera. Le dicen el Flaco, porque lo es. Algunas veces hablamos del presente, otras veces cotejamos recuerdos. Una noche hablamos del tiroteo que se produjo en Vélez, a la salida de aquel lejano clásico.

Eduardo se acuerda: se acuerda bien. Refiere los hechos con una precisión llamativa, sabe los detalles de la emboscada, de cómo se planificó y de por qué fracasó, desbroza la historia de esa trampa mortal tendida en una calle oscura, que por culpa de una inesperada confusión al final terminó costándole la vida a uno del mismo grupo que la había perpetrado.

Un detalle gramatical me sorprende en lo que dice: Eduardo conjuga en primera persona del plural. Lo hace con perfecta naturalidad, sin misterios y sin jactancias; lo hace simplemente expresando que, en efecto, él estuvo ahí, que integraba el grupo atacante, que era barra y que participó; que el chasco trágico del muerto propio indica un error del que él no fue del todo ajeno. Le conozco los gestos de contrariedad: los ensaya ahora, al concluir su relato.

Esta sencilla novedad, la de que Eduardo, el Flaco, hace unos años estuvo a punto de matarme, no afecta mi aprecio hacia él, ni tampoco mi costumbre de caer a comer en la parrilla de Humahuaca.

Más arduo me resultó, para el caso, y más elasticidad me exigió, saber que es hincha de ellos. Eso sí fue motivo de incordio. Lo demás son circunstancias.

El afecto, queda dicho, tolera esta voluntad de congeniar, por esforzada y laboriosa que resulte, por más que siempre vaya a persistir un último resto de resquemor. El afecto personal lo amerita y lo amerita también la amistad (no lo negaré: tengo un amigo que es hincha de ellos. Puede incluso que sean dos).

¿Qué decir, sin embargo, del amor, que es más intenso y más de plenitud, más de confluencia y más de absolutos? ¿Qué decir, en fin, por mi parte, de aquella mujer de hace tiempo, esa mujer que me quiso y a la que quise, y que dijo “no soy de nadie” cuando le pregunté cuál era su equipo? Me costó creerle. Era como decir: no tengo nombre, los nombres no me interesan (pues dijo así: “el fútbol no me interesa”). Pero esa inaudita abstención me preocupó menos, como tal, que la sola posibilidad de que no fuera otra cosa que una máscara: una máscara para ocultar que en verdad era hincha de ellos.

La fui semblanteando, lo reconozco, al comienzo de la relación, tratando de sorprender algún indicio que la traicionara (¿que la traicionara? Más bien lo opuesto: que la revelara una traidora). Una tarde sentí que podía quedarme tranquilo: nos empataron tres a tres un partido que íbamos ganando tres a cero (para ellos, empatarnos equivale a una victoria), y la mujer que me quería y a la que yo quería no mostró regocijo ni alivio; y hasta lamentó, aunque un poco imprecisamente, aquel penal que en el primer tiempo bien pudo definirlo todo.

Unos años después, me dejó y me hizo sufrir. Las razones que esgrimió no vienen al caso. Di en pensar, de cualquier forma, y lo pienso todavía, que la razón principal, la principal y la omitida, es que era hincha de ellos.

Hay personas que denuestan a los que somos hinchas de fútbol: nos dan por embrutecidos, nos dan por enajenados. En general no explicitan desde qué olimpo de sofisticación cultural, tan sin matices ni concesiones, nos sueltan tales desprecios; pero a cambio sí suelen especificar la visión que tienen del fútbol: “veintidós jugadores corriendo atrás de una pelota”. Más despreciable, no se concibe.

Ahora bien, si hay algo que jamás sucede en el fútbol, si hay algo que jamás sucedió en ningún partido, es que corran detrás de la pelota los veintidós jugadores. Nunca pasa eso, nunca pasó. Quienes esgrimen tal definición, de fácil refutación empírica, son los que en verdad están poniendo de manifiesto un grado de enajenación especialmente agudo: uno que afecta, no ya el plano de las conciencias y la capacidad de entender, sino aun ese nivel primordial de la percepción de lo que es y lo que no es. He ahí la más cabal de las enajenaciones, la que más elementalmente obnubila, la que no deja ni ver los hechos.

De esta consideración general, cabe eximir a Jorge Luis Borges, aunque pronunció en ocasiones la mencionada frase, dado que cuenta con un aliciente ineludible, que es que era ciego. ■

Eduardo se acuerda: se acuerda bien. Refiere los hechos con una precisión llamativa, sabe los detalles de la emboscada, de cómo se planificó y de por qué fracasó, desbroza la historia de esa trampa mortal tendida en una calle oscura.
